

La costa Tarapaqueña. Lugar de inhóspitos parajes, en donde se mezcla el mar con el desierto más árido del mundo en una conversación constante entre el viento y el sonido de las olas, es también hogar de gentes del mar que han hecho de antiguas caletas, paraderos y huatacas, sectores cargados de memorias e historias relacionadas con la mar y el desierto costero. Pero esta costa del silencio, no tiene solamente una historia contemporánea o moderna de ocupación. Este paisaje fue cuna, asentamiento y lugar de paso de muchas culturas y grupos humanos que, en vista de la riqueza de la inmensidad de recursos que la mar y sus alrededores proveían para el desarrollo humano, dejaron una huella que la arqueología ha logrado desentrañar a lo largo de los años. Y es que este desierto cargado de historias (tanto preincaicas, prehispánicas y modernas), constantemente intenta cubrir las ruinas dejadas por “los antiguos” con polvo, sal y viento, lo que ha dificultado la construcción de una memoria histórica de estas comunidades costeras, dando cuenta de una escasa literatura que provenga desde las voces de sus habitantes. Es por eso que esta publicación viene a contribuir a la memoria de las caletas del sur de Tarapacá, específicamente las caletas de Caramucho y Cañamo, sin grandes ambiciones ni la intención de constituir el hito final de su continuidad en la historia.

Caletas, paraderos y huatacas. Caramucho y Cañamo en la costa tarapaqueña

Caletas, paraderos y *huatacas* **Caramucho y Cañamo en la costa tarapaqueña**

Rodrigo Díaz Plá | Felipe Rivera Marín | Javier Valdés Larrondo



Caletas, paraderos y *huatacas*

Caramucho y Cañamo en la costa tarapaqueña

Rodrigo Díaz Plá | Felipe Rivera Marín | Javier Valdés Larrondo





**Caletas, paraderos y huatacas
Caramucho y Cáñamo
en la costa tarapaqueña**

Equipo de investigadores

Rodrigo Díaz Plá
rdiazpla@gmail.com
Felipe Rivera Marín
felipe.rivera.marin@gmail.com

Fotografías

Javier Valdés Larrondo
javaldesl@gmail.com
Felipe Rivera Marín
Rodrigo Díaz Plá

Fotografías antiguas cedidas por:

Jimmy Gómez
Juan Pierola y familia
Julia Quezada
Milénka Quezada

Fotografía drone y post-producción imagen

Javier Valdés Larrondo

Edición de texto y corrección de estilo

Rodrigo Díaz Plá
Giovanka Luengo Figueroa

Diseño y Diagramación

Caroll Marianne Ventura
carollmarianne@gmail.com

Auspiciadores

Este libro fue elaborado con el auspicio de Teck Quebrada Blanca

Colaboradores

S.T.I. Buzos a Pulmón Costeros de Iquique, Caleta Caramucho.
S.T.I. Recolectores de Orilla y Pescadores Artesanales,
Caleta Caramucho.
S.T.I. Buzos Mariscadores y Ramos Similares, Caleta Cáñamo
Relacionados+.

Se autoriza la reproducción parcial citando la fuente correspondiente.

Primera Edición, junio 2022
ISBN: 978-956-410-482-9
RPI: 2022-A-4693
IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE
Santiago, 2022

7	Agradecimientos
9	Prólogo
13	Introducción: De relatos e historias de trashumancia y asentamiento en la costa tarapaqueña
23	La costa tarapaqueña en el desierto más árido del mundo
31	Las caletas del litoral desértico: Caramucho y Cáñamo
33	1. Caleta Caramucho
46	<i>Cápsula visual: La caza del pulpo</i>
51	2. Caleta Cáñamo
66	<i>Cápsula visual: San Lorenzo en la caleta Cáñamo</i>
73	El espacio costero de movilidad y uso: Reflexiones de su ocupación histórica y el conocimiento ecológico asociado
81	Bibliografía
83	Autores



AGRADECIMIENTOS

Esta publicación está dedicada a las familias forjadoras de las caletas Caramucho y Cádiz en la costa tarapaqueña, quienes resistieron a una dura geografía desértica, reproduciendo constantemente su cultura del mar y persistiendo a pesar de innumerables dificultades y obstáculos. Esta historia es de ustedes y este libro para sus futuras generaciones.



PRÓLOGO

Fui invitada a presentar el siguiente relato oral y visual de la vida cotidiana en dos caletas de la comuna de Iquique. Aquí estamos frente a un texto que contribuye al rescate de las tradiciones de aquellas personas que hacen de la costa y sus recursos el modo de vida que han decidido desarrollar. Como iquiqueña, se siente una gran satisfacción por leer las investigaciones realizadas en esta región y por ello se agradecen todas estas iniciativas.

Este territorio se caracteriza por una extrema aridez hídrica y también por una belleza conmovedora entremezclada por colores cálidos y azulados. El paisaje que observamos, según dicen los especialistas no ha cambiado mucho desde que finalizó la era glacial hace más de doce mil años. Por milenios, esta costa endorreica o sin ríos, como se quiera decir, (salvo los ríos Loa y Camarones, los cuales coinciden en ser formaciones naturales que han delimitado el territorio); albergó la vida de cientos de generaciones de mujeres, niños y hombres, que se adaptaron a las condiciones

que el medio ambiente les otorgaba. Desarrollaron conocimientos y tecnologías idóneas para el mantenimiento de la vida en un extenso periodo de tiempo. Sin embargo, esa vida tradicional como se conocía tuvo cambios sustanciales que afectaron el modelo cultural, económico y social “pescador-recolector” que predominó por cientos de años, incluyendo en ello, la pérdida definitiva de la lengua.

Al introducirse en el texto, es imposible no evocar las escenas de lo que fue la vida en estos inhóspitos parajes. Un viaje de osadías y mucha sabiduría. Mismas características que perduran en las actividades que realizan los actuales habitantes de Caramucho y Cãñamo, y que han sido tan bien plasmadas por el equipo de investigación.

Históricamente y por las vastas costas de este planeta; los grupos identificados como pescadores, incluyendo a los buzos y recolectores, no han sido reconocidos de la forma que merecen. Al escuchar sus voces, es que nos encontramos con seres humanos excepcionales que

se atreven a ingresar a los vaivenes de la mar en búsqueda de los recursos naturales de los que viven. Ellas y ellos conocen y respetan el ecosistema marino, viviendo en simbiosis con este tipo de hábitat. El carácter indomable de esta fuerza no ha hecho más que entregar personas de profundos conocimientos y cálida humildad que nos recuerda las más antiguas formas de convivencias humana con la naturaleza y en los tiempos que ella propone.

El ser humano suele cambiar el foco de atención cuando no está frente a sociedades y culturas que no han generado grandes construcciones conocidas en arqueología como *monumentalidad*. No obstante aquello, la falta de recursos materiales nunca fue impedimento para que estas costas fueran habitadas desde muy temprano en la prehistoria. Aquí no se erigieron ciudades y templos como ocurrió en otras partes de la costa sudamericana. Si confirmamos que existió un ritual mortuorio tipificado como momificación realizada por los Chinchorros, siendo reconocido como el tipo de momificación artificial más antiguo del mundo y que dejaron una incógnita sobre las complejas ideas que tuvieron estas personas de pensar la vida y el paso hacia la muerte.

Al leer los relatos y observar las imágenes expuestas en este libro, surge de manera espontánea la comparación con la vida que

tuvieron los antiguos changos y camanchacos que habitaron estas tierras. Quedando la idea de que no se extinguieron del todo y que algunas de sus características todavía perduran. El hecho de que aún queden personas que conocen y practican las técnicas de buceo por apnea, como uno de los ejemplos, nos demuestra no sólo la habilidad de los ejecutores, sino también, el respeto de su entorno, reconociendo el derecho de la naturaleza por regenerar la flora y fauna que ha sido utilizada. Este tipo de trabajos a escala artesanal genera una actividad sostenible de los recursos marinos y que va en la línea de los nuevos modelos económicos que demanda el cambio climático.

El relato también nos adentra en una antigua manera de reconocer el territorio más allá del relicto aldeano. Acá los habitantes de Cañaño y Caramucho lo ejemplifican de manera clara en los *paraderos* y *huatacas* que reconocen como parte de un circuito mayor para el uso del territorio costero. Esta acción, que era habitual, nos da un claro ejemplo de la hipótesis propuesta por la investigadora peruana María Rostrowski sobre la *Movilidad Horizontal*, la cual señala que, desde periodos prehispánicos en las costas del Perú, ya existía un uso del espacio costero mediante las antiguas embarcaciones de maderas, totoras, cueros insuflados de lobos

marinos, entre otros tipos de materiales, impulsadas por la fuerza humana sobre las corrientes marinas. Así, los antiguos costeros, formaron una amplia zona de movilidad entre las penínsulas, bahías, islas y playas; generando alianza interétnica entre los distintos grupos a lo largo de la costa, alguna de las cuales se encuentran inscritas en las alianzas matrimoniales de los archivos eclesiásticos coloniales. Misma transhumancia que fue posible observar en los pescadores del norte hasta pocas décadas atrás, pero que según los relatos acá expuestos se ha ido perdiendo producto del reordenamiento que realiza el Estado chileno sin considerar otras visiones sobre el territorio y con un claro objetivo de beneficio sobre la extracción de los recursos para la gran industria pesquera.

Hay mucho trabajo por hacer con estas comunidades. Tanto por sus capacidades actuales como por la reconstrucción histórica de ellas. Por mi formación en la disciplina arqueológica, pienso hacia el pasado, surgiendo preguntas

sobre las causas de los cambios y qué ocurrió en Tarapacá para que un grupo étnico dejará de ser reconocido de manera oficial como chango y/o camanchaco. Sería interesante investigar si fue durante el proceso de “chilenización” inmediatamente posterior a la guerra del Pacífico que se produjo el ocultamiento de los grupos indígenas costeros. Sabemos que este proceso se introdujo mediante una fuerte imposición ideológica y cultural, renegando de los grupos étnicos locales por el nuevo administrador territorial.

Finalmente, todo lo que se diga sobre las y los habitantes de esta costa se convierte en mera verbosidad, a la luz de lo expresado en este libro. Sólo queda felicitar al equipo de trabajo por esta etnografía, y entregar mi humilde admiración a toda la población costera, por mantener este modo de vida tradicional. Esperemos que el estado los reconozca como comunidad particular y que este tipo de investigaciones fortalezcan la historia, memoria y derechos de los habitantes costeros con el territorio, incluido el mar.

Alejandra Olmedo
Arqueóloga



Introducción:
De relatos e historias de trashumancia
y asentamiento en la costa tarapaqueña



INTRODUCCIÓN: DE RELATOS E HISTORIAS DE TRASHUMANCIA Y ASENTAMIENTO EN LA COSTA TARAPAQUEÑA

La costa tarapaqueña. Lugar de inhóspitos parajes, en donde se mezcla el mar con el desierto más árido del mundo en una conversación constante entre el viento y el sonido de las olas, es también hogar de gentes del mar que han hecho de antiguas caletas, paraderos y *huatacas*¹, sectores cargados de memorias e historias relacionadas con la mar y el desierto costero.

Pero esta costa del silencio, no tiene solamente una historia contemporánea o moderna de ocupación. Este paisaje fue cuna, asentamiento y lugar de paso de muchas culturas y grupos humanos que, en vista de la riqueza

de la inmensidad de recursos que la mar y sus alrededores proveían para el desarrollo humano, dejaron una huella que la arqueología ha logrado desentrañar a lo largo de los años. Y es que este desierto cargado de historias, se encarga constantemente intenta cubrir las ruinas dejadas por “los antiguos” con polvo, sal y viento, lo que ha dificultado la construcción de una memoria histórica de estas comunidades costeras, dando cuenta de una escasa literatura que provenga desde las voces de sus habitantes. Es por eso que esta publicación viene a contribuir a la memoria de las caletas del sur de Tarapacá, específicamente las caletas de Caramucho y Cádiz, sin grandes ambiciones ni la intención de constituir el hito final de su continuidad en la historia.

¹ Los conceptos de *paradero* y *huataca*, son ocupados por los buzos y pescadores en la costa tarapaqueña, para denominar aquellos sectores históricos de extracción de recursos marinos y además se configuran como lugares favoritos para este tipo de actividades productivas.

El trabajo que acá presentamos busca describir aspectos importantes de la historia y vida de mujeres y hombres en las caletas de Caramucho y Cañaño: su historia milenaria, los primeros habitantes contemporáneos, su fundación, sus sueños y proyecciones futuras. Pretende, en definitiva, convertirse en un objeto de memoria que nos lleve por los relatos de los propios actores y también por la memoria visual, captada a través del lente fotográfico. Comienza entonces en un capítulo contextual, que nos lleva en una primera parte por una breve descripción de este litoral, desde el paisaje y lo que evoca, poniendo en contenido la formación de estos espacios habitados dentro de un piso ecológico específico, con características geográficas bastante definidas que dan forma a un espacio particular que podemos establecer desde la desembocadura del río Loa hasta la ciudad de Iquique al norte. Posteriormente describimos algunos trabajos –principalmente desde la arqueología– respecto de las poblaciones costeras que habitaron estas costas hace cientos de años, cimentando en muchos casos las tradiciones culturales de mar que se pueden observar en toda la costa tarapaqueña: el buceo a *resue-*

*llo*² y a *calato*³; la captura del pulpo del norte (*Octopus mimus*); la recolección de mariscos; la pesca con redes de enmalle; y la trashumancia del buzo mariscador dando cuenta de una ocupación y conocimiento extenso de la costa, no solo de su lugar de residencia. Finalmente, este capítulo finaliza con una sección descriptiva de la pesca artesanal de la región de Tarapacá, focalizada en las caletas que dan vida a este libro y definida desde la institucionalidad pesquera en Chile, lo que nos da una mirada centrada principalmente en lo productivo/administrativo, cuestiones que como veremos en cada capítulo, generaron un alto impacto en las formas de vida de buzos, pescadores y orilleros.

El relato visual y gráfico se entrelaza constantemente con el texto. Por ello, posterior a este capítulo, se presenta la primera cápsula visual enfocada en el paisaje litoral de la costa sur de Tarapacá, donde la Ruta 1, carretera que une las ciudades de Iquique y Antofagasta, es la vía principal desde donde se descuelgan asentamientos y caletas costeras.

La segunda sección está compuesta por el corpus principal de este libro: Los relatos, memorias y particularidades de las caletas

² Se le denomina de esta forma al buceo a pulmón o apnea.

³ A cuerpo desnudo





Caramucho y Cádiz, desde la mirada de sus habitantes históricos. El primer capítulo está enfocado en la Caleta Caramucho y sus alrededores, en una amalgama entre imágenes y memorias que nos llevan a recordar hitos fundacionales y llenar ciertos vacíos de la historia social de los pueblos del mar de estas latitudes, así como su pertenencia e identidad costera ligada a pueblos originarios. La Caleta Caramucho se caracteriza por ser de buzos a pulmón, dedicados a la caza submarina y a la extracción de pulpo, es por eso que el capítulo está acompañado por una cápsula visual de una jornada extractiva del pulpo del norte junto a los socios del Sindicato N°1.

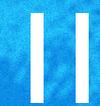
El segundo capítulo nos lleva en este viaje textual/visual hacia la Caleta Cádiz, lugar emplazado al norte de la Punta Patache, entre puertos e industrias contemporáneas. Aquí, los relatos e historias nos cuentan de una colonización temprana, donde buzos mariscadores, pescadores y sus familias, llegaron a estas costas a partir de una tradición trashumante de búsqueda de recursos marinos,

asentándose en la pequeña playa desde fines de la década de 1970. El paisaje, de extrema belleza, contrasta con la modernidad de las empresas vecinas, que poco a poco, van arrinconando este lugar del desierto tarapaqueño. El capítulo va acompañado de una cápsula visual enfocada en el paisaje y las personas de la Caleta Cádiz, relevando el paisaje de contrastes y la singularidad de su gente.

Finalmente, la tercera y última sección del libro, es una breve reflexión sobre las identidades costeras tarapaqueñas y sus vicisitudes: cómo se han construido al alero de una historia milenaria de ocupación por parte de poblaciones prehispánicas; las adaptaciones modernas a los nuevos sistemas de administración pesquera y la adscripción (o no) a identidades étnicas recientemente reconocidas por el Estado de Chile, como el pueblo Chango.

Este viaje por la costa sur tarapaqueña recién comienza, y esperamos que este recorrido literario y visual permita dar a conocer más de este hermoso paraje del desierto costero iquiqueño.





La costa tarapaqueña en
el desierto más árido del mundo

**CALETAS
CARAMUCHO
Y CAÑAMO**
Contexto litoral
del sur de Tarapacá

- Capital regional
- Caletas
- Lugares poblados
- Geoglifos
- Salar
- Vegetación



LA COSTA TARAPAQUEÑA EN EL DESIERTO MÁS ÁRIDO DEL MUNDO

La costa al sur de Iquique hasta el Río Loa, es una costa de belleza sublime. El silencio del desierto se funde con el ruido de las olas y el rumor constante del viento que levemente se levanta de tanto en tanto. Antiguas prospecciones realizadas por la Marina de Chile caracterizaban de esta forma la geografía costera de esta extensa zona litoral: “La costa corre en general de NaO y de SaE, sin accidentes notables, es limpia en toda su extensión, sin peligros insidiosos y como el tramo precedente, es árida y elevada. La corriente general corre de sur a norte al amor de la marina; su intensidad es variable, no pasando de 0.5 millas por hora; pero aumenta notablemente cerca de tierra, hasta alcanzar una velocidad que suele llegar a 1, 2 o 3 millas por hora, como se demostrara al hablar del puerto de Iquique” (Oficina Hidrográfica de Chile, 1884). En relación a los

vientos, y de acuerdo a la experiencia, son regularmente suaves con escasa niebla. La fauna característica de estas costas desérticas son las aves tales como el guajache o pelicano peruano (*Pelecanus thagus*), Piquero (*Sula variegata*), guanay (*Phalacrocorax bougainvillii*), lile (*Phalacrocorax gaimardi*), yeco (*Phalacrocorax brasilianus*), pilpilen negro (*Haematopus ater*), diferentes tipos de gaviotas (*Larus dominicanus* y *modestus*), pingüino de Humboldt (*Spheniscus humboldti*), Gaviotín monja (*Larosterna inca*) y jotes (*Cathartes aura*). También otras especies de fauna marina como el lobo marino común (*Otaria flavescens*), delfin de rizo (*Grampus griseus*) y peces como la pintacha (*Cheilodactylus variegatus*) o el acha (*Medialuna ancietae*). Para el año 1987, el programa “Al sur del mundo” emitió el capítulo “El litoral de los changos”,

episodio en donde desde una mirada cercana el telespectador podía interiorizarse sobre el pasado y presente de sociedades costeras que se distribuían en las distintas caletas desde Iquique al sur. Este acercamiento fue hecho desde una mirada etnográfica, pero también basado en los variados estudios arqueológicos en todo el litoral desértico (Olmos & Sanhueza, 1984; Núñez & Moragas, 1977). Desde la preparación de un perol⁴ a orilla de mar en la antigua Caleta El Morro de Iquique, pasando por las caletas Cádiz y sus habitantes venidos del sur; Caramucho y su relación ancestral con las caravanas proveniente desde el interior; hasta recorrer las antiguas guaneras desperdigadas por todo el litoral tarapaqueño. Este documento histórico es hoy un valioso registro de tiempos donde la pesca artesanal aún conservaba la trashumancia como una característica cultural de las poblaciones costeras dedicadas a vivir de la mar.

Con la explosión o boom económico del loco (*Concholepas concholepas*), el locote (*Thais chocolate*) y el erizo (*Loxechinus albus*) a fines de la década de 1970 y comienzos de la década

⁴ Según Van Kessel (1986), el perol es una "Vaina preparada en una botella con vino blanco y mariscos, especialmente erizos. Común en todo el norte. (MB) El perol, además, es un plato de mariscos picados crudos y cocidos al limón, que con cebollas picadas y aliños; es un rico platillo (JJA)".

de 1980 en Chile, gran cantidad de población humana se desplazó desde distintas latitudes litorales, y tal como ocurre en otras fiebres económicas a lo largo de la historia, hacia nuevas zonas de producción y/o extracción. Muchos buzos se fueron hacia el sur, otros tomaron la decisión de tomar rumbo norte. Estos espacios, antes deshabitados e inhóspitos, comenzaron a configurarse a partir de nuevas formas de habitabilidad y ocupación, generando de esta manera transformaciones a nivel geográfico que coinciden con la profundización del modelo neoliberal dentro de una política globalizante. D. Harvey señala que "la geografía del capitalismo es cada vez más autogenerada" (Harvey, 2012) haciendo énfasis en que el desarrollo de este proceso se da por una relación simétrica entre cultura y naturaleza, siendo las dos altamente influenciadas por el capitalismo y sus distintos grados de penetración. Estos grados de penetración van generando constantemente nuevos espacios y relaciones espaciales (Harvey, 2012), las que efectivamente forman parte de la expansión capitalista: "Desde principios de la historia del capitalismo los asentamientos de colonos y la actividad pionera desempeñaron un papel clave en la incorporación de nuevos territorios al desarrollo capitalista" (Harvey, 2012). Y es clave entender que los procesos de

colonización en el litoral tarapaqueño estuvieron ligados a procesos globales, los que provocaron que poblaciones venidas de Los Vilos, Tongoy, Coquimbo, Caldera, Taltal, Tocopilla y otros, se establecieran en estas costas en el momento en que la Ley de Pesca del año 1991, la que entre otras cosas regionalizó a los pescadores artesanales, se hiciera efectiva.

La provincia de Iquique está compuesta por diez caletas oficialmente reconocidas por el Estado Chileno (Decreto Supremo N°240 Nomenclatura oficial de Caletas, 2014), las cuales se distribuyen de norte a sur: Pisagua, Riquelme, Cavancho, Los Verdes, Caramucho, Chanavaya, Chanavaya (Pabellón de Pica), Río Seco, San Marcos y Chipana. Sin embargo, existe una caleta histórica, de temprana ocupación y con registros arqueológicos que dan cuenta de ser un sector altamente productivo a lo menos 4000 años A.P. Esta caleta se llama Cádiz, y queda ubicada en el sector cercano a la Punta Patache.

De acuerdo al Registro Pesquero Artesanal (SERNAPESCA, 2020), el número de personas trabajando en tareas de buceo, recolección y pesca artesanal en las caletas antes mencionadas es de 1817, de las cuales 1521 son hombres y 296 son mujeres⁵. Este es un número que

⁵ En el Registro Pesquero Artesanal se puede dar la situación de que una misma persona se encuentre registrada en diversas la-

solo toma en cuenta a las personas registradas, pero bien sabemos que existen una serie de labores anexas a las tareas anteriormente señaladas que cumplen un rol fundamental en el trabajo pesquero, tales como encarnadoras y encarnadores, cargadores, entre otros.

Las organizaciones de pescadores artesanales y buzos mariscadores de la región se encuentran distribuidas en Asociaciones Gremiales, Sindicatos Independientes y Organizaciones Comunitarias, en donde prácticamente todas participan del sistema de administración denominado Áreas de Manejo y Explotación de Recursos Bentónicos, AMERB, con resultados variables y heterogéneos. Actualmente existen más de 20 AMERB en la región de Tarapacá, no todas ellas en plena vigencia y actividad, de las cuales se extrajeron al año 2020 como principales recursos el huiro, loco y pulpo (SERNAPESCA, 2020).

bores, es decir puede ejercer como pescador, buzo y/o recolector de orilla, y para efectos del registro se cuenta su duplicidad. Por lo tanto, es necesario aclarar que descontando las duplicidades, el total de gente de mar registrada en la nómina oficial de SERNAPESCA es de 810 personas en toda la región de Tarapacá.





Las caletas del litoral desértico:
Caramucho y Cádiz



CALETA CARAMUCHO

En pleno desierto costero, donde prácticamente se funde la Cordillera de la Costa con el Océano Pacífico, y a 50 kilómetros al sur de la ciudad de Iquique, se encuentra emplazada la Caleta Caramucho, histórico asentamiento humano de la costa sur de la región de Tarapacá. Situada a un costado de la Ruta 1 (carretera costera que une la ciudad de Iquique con la de Antofagasta) la Caleta Caramucho y El Ñajo son sitios con asentamientos arqueológicos que dan cuenta de antiguas sociedades que transitaron y se asentaron. Algunos autores nos hablan de una permanente conexión entre el oasis de Pica y algunos sectores litorales como esta caleta (Nuñez & Briones, 2017) hace aproximadamente 6000 años A.P. Esta interacción fue retratada por el programa “Al sur del Mundo” en el episodio denominado “La última caravana” el año 2000, donde se recreó

el desplazamiento caravanero desde el oasis de Pica, pasando por el sector de Pintados cerca de la Pampa del Tamarugal, donde aún permanecen intactos grandes extensiones de geoglifos, los que se relacionan a través de rutas con el salar de Sonoral, para llegar al sector de Alto Barranco en Caramucho, donde también existe presencia de geoglifos. Probablemente, señalan los autores, estas caravanas interactuaban e intercambiaban recursos y distintos elementos con la gente de la mar: conchas, pescados, verduras, legumbres, etc. Esta interacción nos muestra sociedades muy conectadas entre sí, a pesar de la distancia y de la creencia de un *desierto no habitado*. Un puñado de casas emergen en la costa del desierto más árido mundo, muchas de ellas son recientes pero también hay un pequeño paño en donde habitan los históricos buzos que dieron

forma a esta característica caleta tarapaqueña. Frente a un pequeño vergel con múltiples *bajerías*⁶ y roqueríos, se emplaza la caleta, lugar habitacional de mujeres y hombres de mar, casi todos buzos a *resuello* procedentes de Iquique. De acuerdo a los relatos, esta caleta antiguamente se denominaba “Caleta La Leña”, y el sector completo se llamaba “Caramucho”. El Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile (1884), describía de esta forma la antigua caleta de La Leña: “Caleta La Leña: Esta pequeña caleta se encuentra en la parte Norte del recodo de la de Yapes, con surgidero en 8 a 12 metros de profundidad. El desembarcadero es difícil durante la mayor parte del año, y para penetrar en la caleta es menester tomar algunas precauciones a causa de las fuertes rompientes en su bocana. Por ahora, no tiene importancia alguna” (Oficina Hidrográfica de Chile, 1884).

Juan Pierola, uno de los más antiguos habitantes de la caleta señala que “la primera vez que yo vine a esta caleta fue en el año '66 y aquí no había nada y después como al año '80 llegaron acá un caballero con dos ripieros que acampaban en la orilla”.

Pedro Castillo los recuerda con claridad:

⁶ Rocas o grupo de rocas de gran tamaño emplazadas en el fondo marino que proporcionan refugio y hábitat a diversas especies bentónicas

“Había otros viejos, el viejo Gutiérrez, el Vilchez, que es uno de los que estuvo trabajando acá de los ripios. Se llevó un terrenito acá y él después hizo su casa acá y trabajaba en el huiro”.

En esos tiempos, Caramucho como paisaje cultural era muy distinto a la actualidad. La costa se encontraba prácticamente despoblada, y solo se podían observar las ruinas de antiguas guaneras distribuidas en sectores como Pabellón de Pica o Huanillos. No existía una carretera como conocemos hoy en día a la Ruta 1 y, por lo tanto, el tráfico vehicular era escaso.

“Era tan rico en fauna marina que usted ni se lo imagina, porque en todos lados había tortugas, en todos lados uno llegaba a estas playas así, a esta misma playa, se veían las aletas de los tollos. Uno iba a pescar y los pescados no eran pescados chicos, todos los pescados eran grandes. La cantidad de moluscos que había, en este caso locos, lapas, erizos, eran enormes, eran grandes y había grandes cantidades, o sea, era fácil vivir y alimentarse. Si el problema era el traslado, era llegar”.

Las actividades de subsistencia y comercio del buzo mariscador iquiqueño se basaba en recorrer los distintos puntos ubicados en la costa sur de Tarapacá, los cuales denominaban paraderos o paradillas, lugares predilectos por los buzos donde tenían sus *huatacas*. Estos lugares, como veremos más adelante, estaban plenamente identificados y constituían los sec-

tores que frecuentemente hacían uso la gente del mar de estas latitudes. Pero las condiciones de buceo también eran muy distintas. Muchos de los buzos de las caletas alcanzaron a bucear calato en lugares como Cavancha o El Morro, en la ciudad de Iquique, aprendiendo de los viejos buzos mariscadores. Pero como en toda actividad, primero es necesario aprender. Los hoy experimentados buzos, todos comenzaron mariscando con el agua hasta la cadera, en pozones y sectores de la orilla. Observando minuciosamente a sus mayores, fueron aprendiendo el arte de bucear a pulmón.

“Primero se partía mariscando, porque uno no es como que mañana llego a la playa como primer día en la historia, y después me meto a bucear. No se puede. Uno va mariscando, y uno ve cómo sus viejos se metían al agua. En esos años '60-'70, los mariscadores dependían de la baja marea para sacar los mariscos. Entonces, pasaba que había un grupo que ya no dependía de la baja marea, porque podían bucear, así aprovechaban el tiempo, y cómo se buceaba con alpargata, un saco de arpillerá o saco harinero al que le hacían hartos hoyos -porque el saco se infla con el agua-, y un chope⁷. No se usaban máscaras. No se usaba traje. Eso era todo. Se usaba unas rodilleras sí por las espinas, y así uno sacaba un poco de erizo, unos 50 o 100 erizos. Salía y se calentaba al lado de la fogata, porque el frío y uno no tiene el físico para

⁷ Nombre dado a la herramienta de mano utilizada para sacar mariscos desde las rocas. En otras latitudes es conocida como perra.

aguantar el frío. Así que después quebrábamos el erizo, hacíamos unos rellenos, después lo calentábamos, y después al agua de nuevo. Yo tengo una anécdota que teníamos con el Bruto, un hermano de mi suegro. Que teníamos que meternos, ya teníamos un saco de erizo, y estábamos tiritando así, y me dijo “que está caliente el agua”. Entonces decíamos está caliente el agua, y teníamos que bucear calato, y “ya metámonos” y le dije “no espera que se enfríe un poquito” [risas]. ¡Ya no queríamos meternos ya!”

Los elementos necesarios para el buceo poco a poco fueron introduciéndose en las distintas caletas del país. El caso de Iquique no fue la excepción, y los primeros elementos que llegaron fueron las aletas y las máscaras, herramientas que cambiaron radicalmente la forma de relacionarse con la mar.

“Lo primero que llegó fueron las mascarás y las aletas. Y con la máscara cambió todo, y con las aletas, también. Porque ya la gente ya no tenía que usar las alpargatas esas. Podían bucear ya. Un metro, dos metros, porque había abundancia de recursos.”

Posterior a eso, llegaron los trajes de hule, necesarios para poder soportar el frío de las aguas iquiqueñas:

“Después cuando llegó el traje ya cambió todo. Los primeros trajes eran duros, con cierre acá, cierre acá, cierre en las manos, en la chaqueta todo. Eran helados igual, no eran tan térmicos como los de ahora, pero protegían del frío y de los golpes, de



las espinas de erizo y todo eso y eso fue cambiando y fue llegando más tecnología en los trajes de buceo y fue cambiando todo. Antes era sufrido.”

Una vez aprendido este arte, y ya con mejores condiciones para su realización, muchos se lanzaron a seguir la tradición ancestral de trashumancia del buzo mariscador: recorrer la costa en búsqueda de mejores lugares para realizar la actividad.

“Pasando al tema de nosotros, propiamente tal, efectivamente nosotros como iquiqueños tratamos de mantener esto, tratamos de, cómo te dijera, de preservar, no nos alejamos mucho de nuestra gente, estoy hablando de cinco, seis generaciones para atrás, solamente la diferencia está en que ahora usamos traje de buceo, antes el Juan Pierola, el Ñato y otros más y otros más, buceaban desnudos, incluso sin máscara, era por un tema de que no había no más, no habían esos implementos, y tampoco podían, aunque hubieran, no podían porque no habían vehículos que vinieran para acá, entonces, para nosotros venir para acá era subirse al carro de la (sal) que llegaba hasta la salina, venir a dedo, bajarse en una playa, trabajar, y de ahí ir a la playa, hacer dedo y subirte arriba de los terrones de sal”.

Las condiciones tampoco eran similares a la actualidad. La dificultad que imponía el territorio en esa época, sin embargo, no fue un impedimento para que se llevaran a cabo las labores de buceo. El buzo mariscador de Caramucho se adaptó, como lo ha hecho toda su historia:

“No existían los tarros de 20 litros, entonces se usaba un canasto de mimbre, que se llama cambucho, forrado y resulta que ese canasto, claro, te ayudaba a cargar atrás, porque tenía dos tirantes, era como una mochila, pero canasto puesto atrás. El tema no era el peso ni mucho menos, porque capacidad había, el tema era de que el jugo, si no le colocabas algo abajo, se filtraba. Ese era un tema, y el otro tema era que en un camión, me parece que eran de cinco toneladas, arriba de unos terrones gigantes, irregulares, ni siquiera eran redondos, terrones de sal, terrones de guano, te subías arriba y tenías que ir afirmado. Con la suerte no te caías, pero bueno, llegabas allá y el tipo no te podía dejar adentro de la ciudad, porque estaba contra las normas de la empresa, y de ahí, en la entrada de Iquique, de ahí tenías que tirar pata para allá hasta donde te compraban los mariscos. Ese tránsito era netamente, porque primero no había vehículos, había dos empresas que trabajaban para acá, con camiones, no existían los camiones. Después existían unos camiones, pero cuando veníamos a la playa, era porque hacíamos dedo y esos camiones nos traían, era la salida de Punta de Lobos, y los de la Guanera, esos iban en camión, y perdías el camión y te quedabas botado, o sea, tendrías que irte a pata, si no, te quedas la noche solo acá, pero era así. Esos eran los comienzos. Después aparecieron vehículos 3/4, uno primero, después otro, y así. Ese venía con puros mariscadores, buzos apnea, otros que trabajaban en la orilla, que no buceaban pero trabajaban con una malla sacando almejas. Ellos te cobraban un pasaje, te iban a buscar, y andaban 14 viejos arriba, 15 como máximo. Y lo más lejos que llegaba, bueno, camino asfaltado llegaba hasta... después se asfaltó,

era pura tierra colorada y después se asfaltó hasta acá hasta Punta de Lobos y después para arriba era puro camino de tierra, o sea, estabas dispuesto a llegar lleno de polvo, lleno de tierra, pero era una forma de trabajo”.

La vida era sacrificada, pero el arraigo cultural a una tradición costera de tiempos ancestrales era mucho más fuerte. De acuerdo a las memorias de los buzos habitantes de Caramucho, se menciona al “Chato Polaina”, Caupolicán Pizarro, el primer pescador de esta caleta, como el pionero y fundador.

“Viviendo acá estaba el Polainas y su señora (...) estaba el Rafa, el Polo, el Pichicho, René Huerta, el Juan Montanares, Jimmy, Juan Manuel Saavedra, Demetrio Cheri. Esos éramos los que realmente estábamos acá todas las semanas y bajábamos el fin de semana. Había otros que venían esporádicamente, pero más pasaban para arriba ellos.”

Y no solamente de hombres se forjó la historia de Caramucho. Lastenia Torres, señora del “Chato Polaina”, fue la primera huirera⁸ de esta caleta, tal como nos cuenta su hija:

“Un chino que venía de Tocopilla a comprar el huiro, después había que ir a cobrarle allá la plata, porque nos pasaba los vales no más. Pero ella fue la primera. El fin de semana íbamos a ayudarle a sacar

huiro. Era la distracción que teníamos nosotros que vivíamos en Iquique, de ayudarle a sacar el huiro a mi mamá. Era la entretención que teníamos”.

La figura de esta pareja de fundadores de Caramucho recurrentemente aparecen en los relatos:

“Primero fue a otras playas y de ahí se fue a Caramucho y se quedó en Caramucho. Su vida la hizo en Caramucho y los hijos y los nietos tuvimos que seguirlo. Mi mamá se nos quedó en un viaje que hicimos y él se nos quedó en Iquique, en la mañana tempranito, le dio un infarto. Él siempre dijo: Me voy a morir de un solo infarto. Y así fue. Se murió de un infarto”.

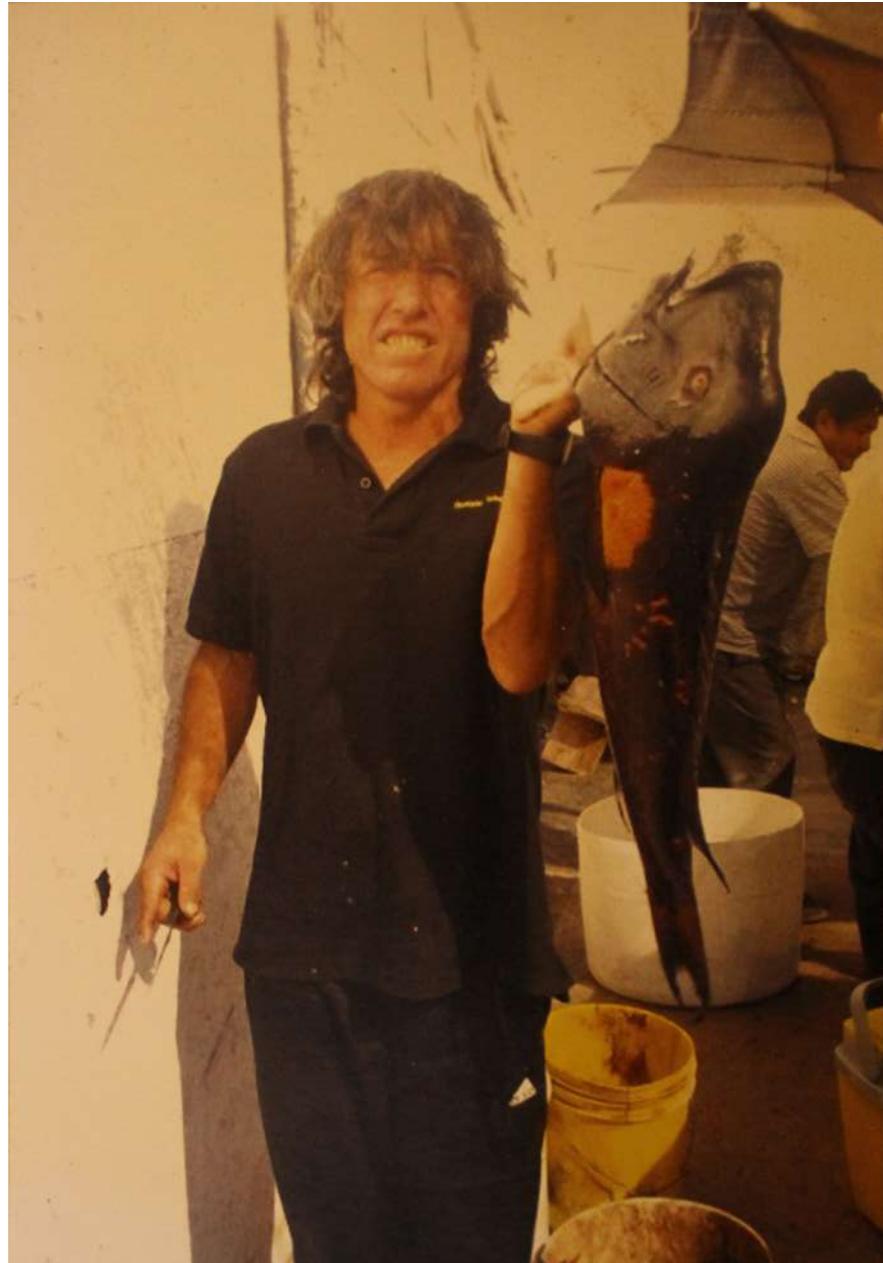
Don Pedro Castillo recuerda los tiempos en que Caupolicán y Lastenia se asentaron en la caleta que los buzos iquiqueños hicieron suya:

“Ellos dos hicieron ahí donde está el muelle ahora, hicieron un ruco, una carpita. Vinieron y se asentaron ahí en una carpita, porque a ellos les gustaba estar viviendo en las playas y habían estado en varias playas y decidieron venirse acá”.

Y de la misma forma, también se rememoran las primeras experiencias fundacionales:

“Lo que te alcanzaba la plata para ir trayendo (materiales) para acá, porque cuando tú empiezas a construir donde no hay huella (para vehículos), donde no llegan camiones, donde no llega el agua, el camión llega a un lado y tienes que acarrear el agua en carretilla y después tienes que estar, luego te que-

⁸ Persona dedicada a la recolección de huiro negro o palo (Lessonia bertereoana o trabeculata) a orilla de mar.





das abajo (en Iquique) y acá está tu casa (...) hasta que hicimos huella, hicimos esta otra huella de acá. Era una forma de hacer todo nuevo, el lugar no estaba habilitado para eso, pero había que hacerlo y así comenzó esto, estos fueron los primeros pasos”.

El Chato Polaina con su familia se instalaron a mediados de los 90’ en la Caleta Caramucho, al igual que los primeros habitantes de la caleta, pero el uso y ocupación de esta zona (y otras de la costa tarapaqueña, siguiendo la tradición trashumante del buzo mariscador) fue mucho más temprana. Jimmy Gómez, buzo mariscador a resuello, socio del Sindicato N°1 de Caramucho y también uno de los primeros habitantes, cuenta que:

“Esto era un vergel, en todos lados había abundancia. La población en Iquique en esos tiempos era muy chica (...) había un ecosistema tan lindo en varias playas y paraderos (...) Después se llamó el Baño del Chato Polaina, después le pusieron Río, después La Piedra Huacha, La Leña y así hasta llegar a Caramucho”.

Al igual que Juan Pierola, Chato Polaina formó parte de los Sindicatos de Buzos y Pescadores creados en Iquique a mediados de la década de los 60’ y comienzos de los 70’, los que se vieron afectados por la irrupción del Golpe Militar de 1973, que eliminó todo tipo de organización social de carácter colectivo.

“Todos estos viejitos, mi suegro y yo, venimos de una organización que se formó en los años 60’, un sindicato de buzos mariscadores, era de mariscadores costeros... Esto fue como el año 1964 y eso duró hasta el Golpe de Estado. La dictadura militar a todos los sindicatos los borró del mapa y sacó a las asociaciones gremiales. Ahí formamos, por los años 80, las asociaciones gremiales y después cuando ya se volvió a la plena democracia, volvimos a los sindicatos de nuevo. El sindicato que está ahora (en Caramucho) es la continuación... Había harta gente que ya falleció”.

Este es un dato de importancia fundacional para la localidad de Caramucho: Fue el Sindicato una de las primeras organizaciones de carácter colectivo que se gestaron y a través del cual los habitantes de la caleta, buzos mariscadores prácticamente en su totalidad junto a sus familias, pudieron establecer conversaciones directas con entidades del Estado para la definitiva instalación en estos parajes.

“Después vino el sindicato, pasaron unos pocos años y pidieron área de manejo y el sindicato justificó estos terrenos para pedirlos al Estado y para cuidar el área de manejo y comenzó, pero allá hubo otras personas que estuvieron quedando de visita y después fueron quedando, hicieron unas casas, pero no estaban relacionados con el mar, eran turistas, prácticamente, venían los puros fines de semana. Luego, empezó a nacer esto que ven ustedes acá y nosotros con una necesidad de

cuidar el área de manejo, vinimos a trabajar acá y nos quedamos acá toda la semana, bajábamos sábado y domingo. Era la única manera que nos dieran los terrenos, así que eso nos abrió mucho. Para tener casa en la playa sin lugar de trabajo, no podemos.”

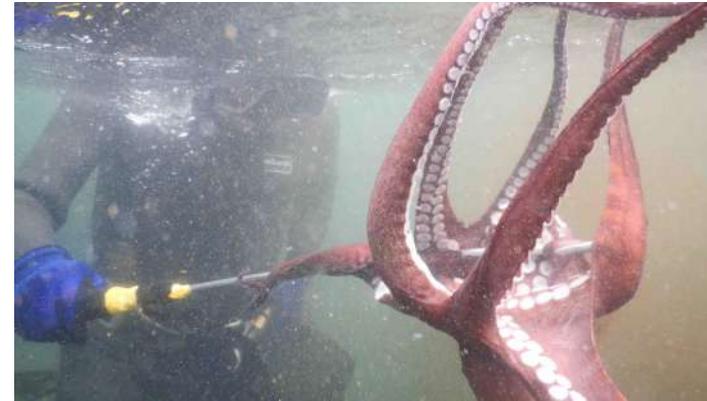
A partir de ello, la organización social en Caramucho apuntó a regularizar los terrenos y conseguir las viviendas que sentarían las bases para la futura caleta de buzos apneístas. El terreno fue loteado, distribuyendo los lugares de asentamiento de los socios del Sindicato en el sector que hoy se encuentra el “paño original” de la caleta. Este lote fue fruto de una serie de trámites realizados por dirigentes de esos tiempos, que nos relatan:

“Y para conseguirse el terreno se terció todo bien, porque fuimos nosotros a un congreso que se hizo de las organizaciones de la zona norte en Pisagua, y la directora del FOSIS nos dijo ‘ustedes que ahora que salen las áreas de manejo, no han pedido áreas de manejo’, ‘sí, si tenemos el área de manejo en Caramucho’, le dije yo, ‘pero no podemos vivir allá, porque el problema que tenemos es que al vivir allá caemos en lo ilegal, porque no hemos conseguido terreno y no nos han querido dar terreno ni para vigilancia en el sector de Caramucho’, y me dijo ‘¿ustedes tienen un lugar de trabajo?, pueden conseguir terreno para cuidar directamente el área de manejo’. Así es que la directora del FOSIS nos fue metiendo cómo conse-

guir las cosas y nos llevó a conversar con la directora. Junto con Nicolás (Yurguevic), otro dirigente, fuimos a conversar con la SEREMI de Bienes Nacionales y justo era amiga de mi hermano. ‘Nosotros tenemos un área de manejo’, le dije yo, ‘y nos falta cuidarlo y la gente nos roba los mariscos y todo’, así es que dijo ‘ya, yo voy a cooperar’ y empezamos a trabajar con las autoridades hasta que salió el loteo, pero faltaba pasar la vara más alta que era que tenía que ser aprobado por la comisión Borde Costero (CRUBCH), porque como estaba en la línea del mar. Justo Raúl Carlos (Ñato) tenía un primo que era del GORE y él conversó con el intendente y salió. El CRUBCH aprobó que se entregaran los terrenos en Caramucho y ya con eso estábamos al otro lado.”

Hoy en día, la caleta ha crecido exponencialmente debido al incremento demográfico de la ciudad de Iquique. Nuevas casas se han construido, y con ello, la población ha aumentado. Nuevos actores y posibilidades, dando cuenta de un pueblo creado a punta de esfuerzo de gente de mar, en la que hoy puede caracterizarse como la única caleta de Chile formada por buzos a pulmón, una tradición histórica de trabajo en la mar, de la que los pescadores de la Caleta Caramucho hacen referencia con orgullo al conversar sobre el hermoso vergel en el cual decidieron asentarse.







CALETA CAÑAMO

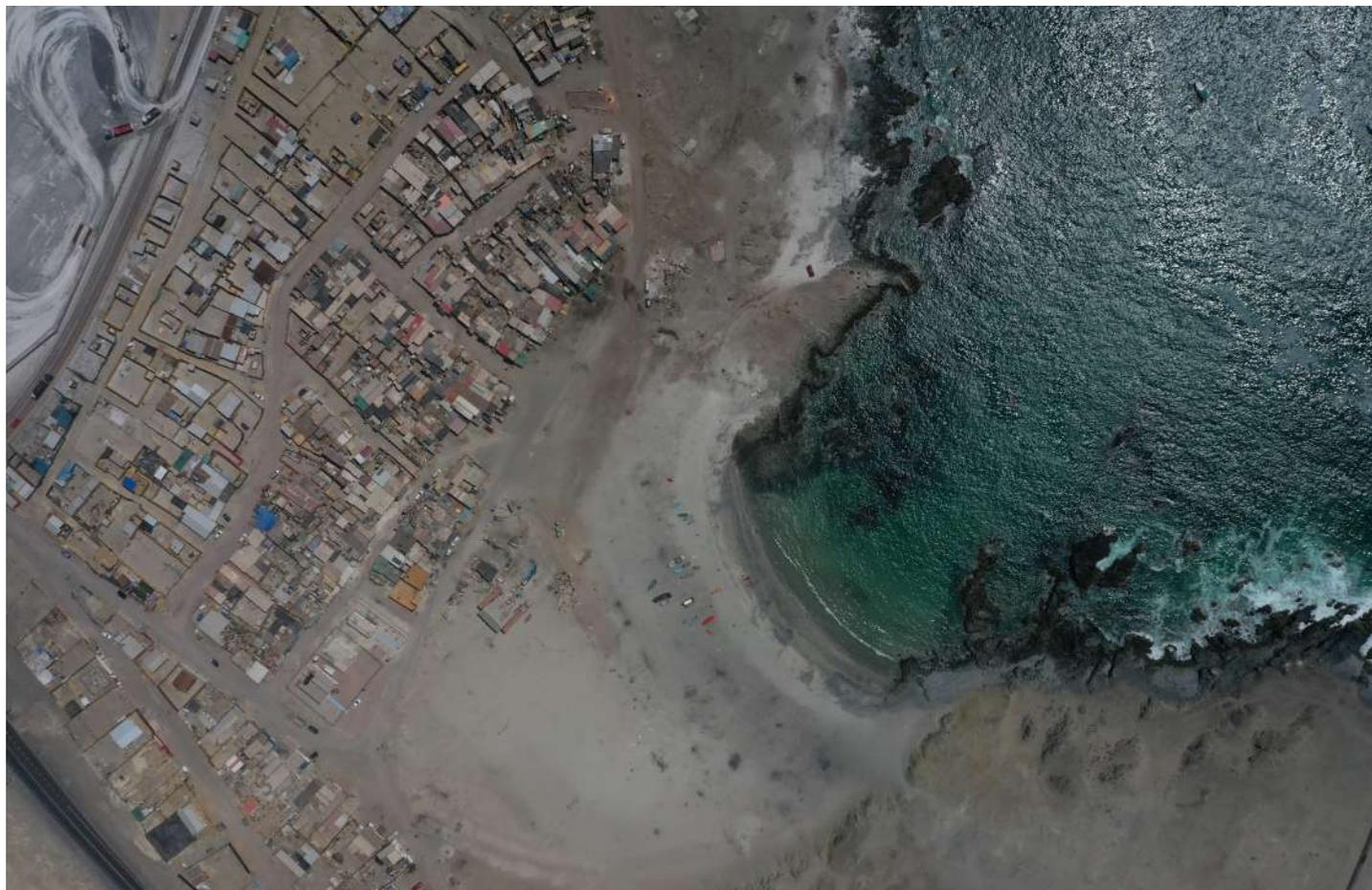
Punta Patache, como hito geográfico, identificada por algunos autores como una paleopéninsula (Núñez & Moragas, 1977), le dio también el nombre al sector de caleta Patache. Aquí, como también en Chucumata y Pabellón de Pica, la Sociedad Chilena de Fertilizantes la⁹ llevaba a cabo la explotación del guano, producto de las decenas de miles de años de acumulación de excremento de aves marinas, el cual era utilizado como fertilizante, principalmente para cultivos cercanos al oasis de Pica, distante a unos 120 Km. al interior.

El sistema de extracción del guano era similar al utilizado en las salitreras y consistía en llegar, a través de la excavación, al guano de mayor calidad, el guano rojo. Para ello se debía perforar la costra de guano blanco e instalar

la dinamita, con la cual se explotaba para que quedara descubierto el guano rojo, el que posteriormente era ensacado y transportado ya sea a los lanchones o a camiones que lo llevaban a otros destinos interiores.

Sin embargo, tal como las salitreras en el interior se cerraban, las guaneras también vivieron su ocaso como materia prima de importancia comercial. Hasta fines de los años 90' aún permanecía a una cuadrilla de trabajadores del guano. Hacia el último periodo de extracción, se transportaban hasta quinientos sacos de cincuenta kilos de guano. Hoy sólo quedan pocas ruinas del esplendor de los años 50' y 60', donde en el sector de la orilla de Punta Patache, era utilizado para embarcar el guano mediante un sistema de correderas que cargaban directamente a lanchones "maulinos", para luego llevarlos a un barco de mayor tamaño. En

⁹ Empresa de carácter público/privada



el ocaso de estas faenas, unos kilómetros más al norte se erigía una pequeña caleta poblada de sueños y anhelos de trabajos vinculados profundamente al mar, caleta Cáñamo.

Junto a los Quezada de Paposo - Taltal, las familias Espejo de Cruz Grande - Chungungo, Vargas, Díaz. Segura, Barraza y Cuevas, fueron algunas, y son hasta hoy de las familias histó-

ricas del sector de Cáñamo, todos dedicados al buceo, para la extracción de loco (*Concholepas concholepas*), lapas (*Fissurella spp.*), culenque (*Gari solida*), locate (*Thais chocolata*), almejas (*Venus antiqua*), pulpo (*Octopus mimus*), entre otros recursos.

Vivían, como ellos dicen, *empatotados*, todos se conocían y, por tanto, existía una forma de vida y social diferente de la cual hoy viven. Cuando un bote llegaba, todos ayudaban a varar, ya que como no conocían los sectores y el comportamiento del mar, lo sacaban a tierra para asegurar que la mar no se los fuese a quitar. Habían construido viviendas conocidas como rucos, como comúnmente se le denomina a una pieza-habitación hecha de material ligero o de lo que se encuentre en la orilla, que eran en este caso de sacos de astillas que se conseguían en las guaneras, cosiéndolas entre varias de manera de formar suficiente sombra frente al implacable sol que quemaba las espaldas, rostros y cuerpos cansados de un día de faena en la árida costa Tarapaqueña.

En los años ochenta, la familia Quezada, que primero se asienta en caleta Chipana, tuvo que trasladarse producto de las picaduras de jerjeles (*Simulium escomeli*), insectos que terminaron ahuyentando al clan familiar hasta trasladarse a Chanavayita y Playa Blanca. Al

tiempo, se mueven definitivamente a la caleta Cáñamo, donde la señal de la televisión les permitió ver el Festival de Viña del Mar, por lo cual, allí se instalaron. Al tiempo se convirtió en una hilera de casas, que poco a poco fueron transformándose de rucos a viviendas permanente de buzos y pescadores, algunos de los cuales tenían sus familias en Iquique o bien más al sur, de donde provenían.

A modo de ejemplo, desde lugares como Taltal y Paposo, fueron traídos convencidos por comerciantes para que trabajaran en el mar en el sector. Así, en el desierto inhóspito, levantaron rucos y carpas. Veían pasar un par de camiones por la única ruta de tierra que existía, el que venía a comprar el marisco y el que iba a las guaneras. Recorrían extensos kilómetros para comprar una bebida. A pesar de estas dificultades, viviendo del locate, entre medio centenar de personas y una decena de botes, se construía la caleta Cáñamo.

En los años 80', comienza un boom de la comercialización de productos del mar, desarrollándose una cadena permanente de suministro entre caletas, intermediarios y plantas pesqueras ubicadas en Iquique, las que comenzaron a generar el mercado de abastecimiento nacional e internacional. Algunos de los impulsores fueron los Yaryes y los Salazares, quienes trajeron desde el sur, elementos como botes,

motores fuera de borda, equipos, compresoras, camiones, de manera de poder producir y trasladar, respectivamente, la mercancía.

En los 80', los buzos de Cáñamo alternaron este sistema de trabajo con la extracción del ostión del norte (*Argopecten purpuratus*) desde bancos naturales, el cual entregaban en Iquique, hasta la quiebra de la empresa que compraba los recursos, a razón de lo cual, no se les pagó lo acordado, dejándolos a la espera del último pago de la entrega hasta el día de hoy, alejados de todo y sin forma de retornar a sus casas. En aquella oportunidad, con la ayuda de miembros del Ejército que se encontraban en la zona, lograron volver a la caleta Cáñamo, para retomar la extracción y comercio del locote, la cholga (*Aulacomya atra*) y la jaiba (*Cancer edwardsii*).

La famosa fiebre del loco¹⁰, a fines de los años 80', atrajo a los buzos de Cáñamo a trabajar en Puerto Aysén. Durante un periodo de cuatro meses participaron en la histórica explotación del recurso loco, hasta la regulación pesquera de los años 90', y la regionalización de los pescadores artesanales, a raíz de las cuales perdieron completamente la trashumancia de los clanes familiares que anterior-

mente iban de caleta en caleta, adaptándose a las variabilidades de la naturaleza. Al tiempo, se produjo la adscripción de estos grupos familiares a los sistemas de burocratización y control administrativo del Estado vinculados al manejo pesquero, tales como: asignación de cuotas, registro pesquero artesanal, declaraciones estadísticas, entre otros procesos.

En los años 90', el boom del locote fue el motor de la economía costera, siendo a juicio de los buzos "mal pagado", por lo que significaba el trabajo agotador debido al peso del locote, mallas de cincuenta kilos, debían subir los buzos entre los teles¹¹, y se llenaban mallas de ciento cincuenta kilos para los compradores, quienes daban ochenta pesos por el kilo de locote, recurso que era posteriormente procesado en las plantas pesqueras para ser luego exportado en tarro.

Luego del boom del locote, los buzos mariscadores comenzaron a trabajar en el erizo rojo (*Loxechinus albus*), sin embargo, a menores volúmenes, lo cual les permitía "darse vuelta" sumando otros recursos como la jaiba. Este último recurso, tuvo una importante salida comercial hasta la reciente crisis sanitaria, con la cual también el erizo sufrió una caída en la demanda. Los compradores disminuye-

ron y la comercialización se realiza en menores volúmenes, con los cuales en la actualidad no es suficiente para mantener una entrega permanente con estabilidad en el negocio.

Sobre el recurso pulpo, se sabe que desde la corriente del Niño en el año 1982, ha sido abundante en la zona, con algunos periodos en los que se encuentra en menor medida, como ha ocurrido en el pasado año 2021. Antiguamente, algunos buzos temían a los pulpos, no se había explotado, no lo conocían, a veces se les pegaban en las máscaras de buceo, en las espaldas atrayendo el miedo ante una especie tan particular, sin embargo, se fueron conociendo y poco a poco perfeccionando la técnica para extraerlo dentro de las cuevas donde habita y echarlo a la malla.

Uno de los habitantes históricos y queridos de Cáñamo, es sin duda "San Lucho", como le llaman en la caleta, apodo que fue acuñado por sus vecinos, ya que se dedicó por muchos años a hacer favores a los lugareños, quienes principalmente le hacían encargos cuando transitaba desde la caleta Cáñamo hasta Iquique, desde dónde traía los productos que le habían pedido. A raíz de la escasa conectividad vial de la zona, su vehículo se convirtió en la forma en que los habitantes de caleta Cáñamo lograban proveerse tanto de los insumos más básicos como de alimentos que no fuesen del mar.

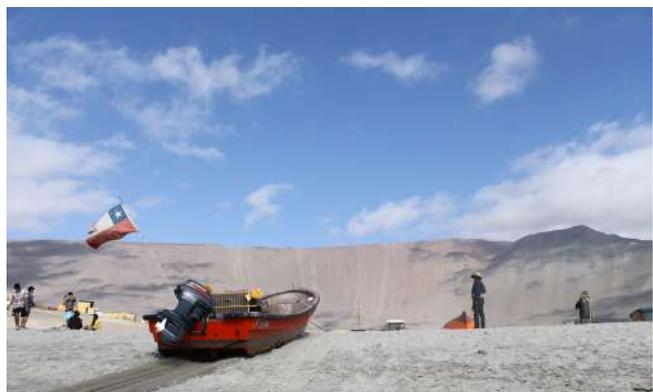
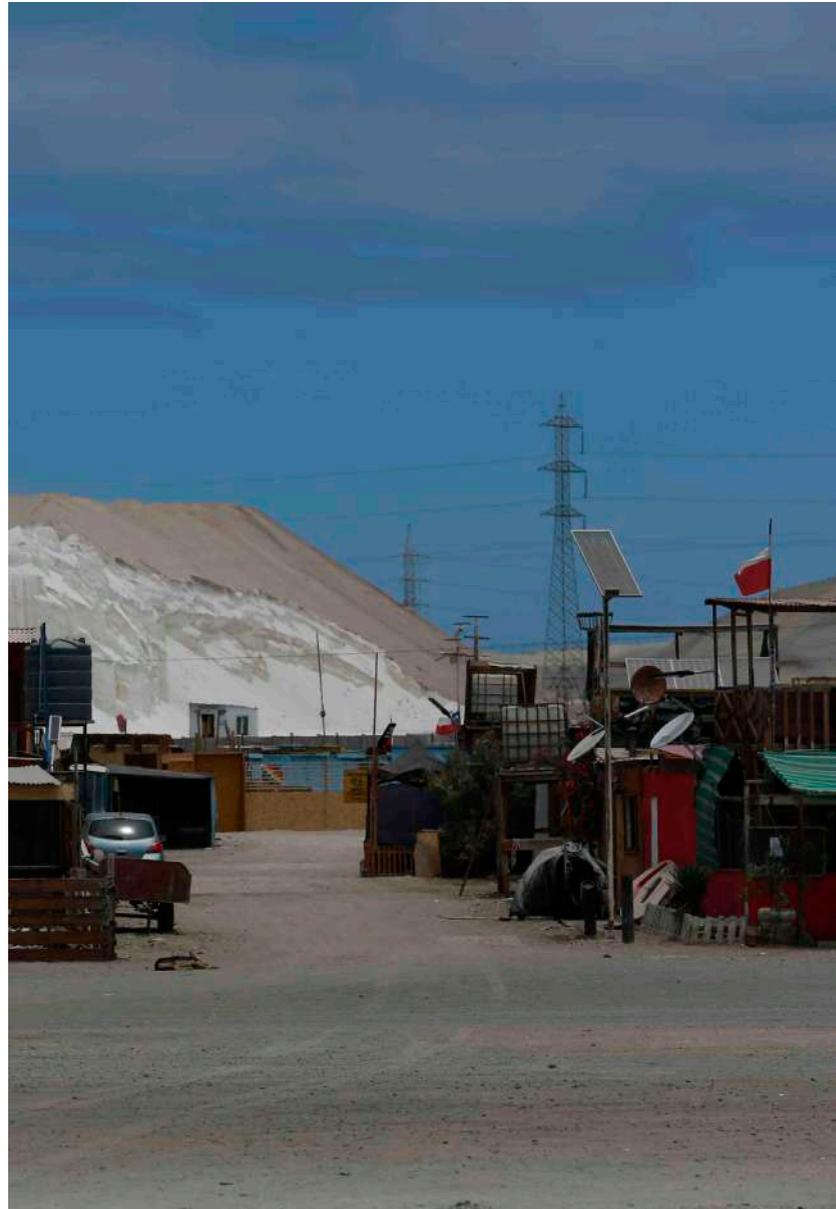
Además de ser pescador, San Lucho se dedica hasta hoy a la carpintería de ribera, reparando embarcaciones de madera y en la actualidad, también trabajando en embarcaciones de fibra de vidrio. Lo encontramos en su astillero, lugar en el cual le esperan embarcaciones por reparar, encontrándose con bastante trabajo; ya terminando uno, debe comenzar con otro. Con los años, el trabajo de carpintero de rivera se fue modificando debido a la masificación de embarcaciones de fibra de vidrio. Luis cuenta con su propio astillero, en el que va reparando los botes con el *enfibrado* que se realiza en la medida en la que se daña el casco de la embarcación.

"Seguimos lo mismo la pesca, la pesca, él trabaja en mariscos, trabaja el buceo y si hay algún trabajito aparte se hace aparte, el caso mío, por ejemplo, yo trabajo en la pesca y si me aparece una peguita en fibra, hago las fibras si hay que arreglar un botecito de madera, le metemos palo, claro, y así se van juntando sus moneditas, y se va manteniendo uno acá."

Luis Muñoz, (San Lucho), oriundo de Constitución, se dedicó a la pesca junto a su compadre y a su hermano. Ambos llegaron hasta Iquique y luego se establecieron en caleta Cáñamo, como ya hemos mencionado junto a otros pescadores y buzos venidos desde, Chungungo, Tal-Tal, Paposo, Chañaral, entre otras localidades. El voluntarioso pescador, vino hacer el servicio

¹⁰ Periodo febril/económico de alta explotación del recurso loco. Tuvo un alcance nacional, y generó grandes desplazamientos de buzos a lo largo de toda la costa del país.

¹¹ Se les denomina comúnmente a los asistentes de buzo y remeros.



militar en el año 1970, y nunca más volvió a su lugar de origen, se dedicó a trabajar en empresas pesqueras como la "Coloso". Habiendo trabajado más de veinte años asalariado, logró juntar dinero y pudo adquirir dos embarcaciones pequeñas, una de siete metros y otra de cinco. Con la adquisición de embarcaciones con motor fuera de borda, más varios paños de redes y espineles, "San Lucho" junto a su hermano y su compadre, probaron suerte en Cádiz. Después de eso nunca más fue necesario ir en busca de otros rumbos, la pesca fue abundante, y pudieron extraer permanentemente recursos tales como congrio (*Genypterus chilensis*), cabrilla (*Paralabrax humeralis*), pejeperro (*Semicossyphus darwini*), lenguado (*Paralichthys adspersus*), entre otros.

"...Yo (le) había comprado un botecito que se llama "El Titán del mar" y traíamos espineles, redes... Y nos vinimos para acá arriba, "oye, vámonos para allá para arriba -dijimos-, para Cádiz, de repente nos va bien". Y nos fuimos para acá, y acá nos empezó a ir bien, había buena pesca acá, teníamos hartos pescados."

La pesca que realizaban San Lucho, su hermano y su compadre, consistía en la "pesca con tres telas", la cual se trataba de tres mallas con una abertura de dieciocho centímetros, donde en la parte inferior iba el lastre (peso),

y en la parte superior, los boyerines de corcho que dan flotabilidad a los paños de redes. Las redes de los costados tenían abertura más grande que la del medio, por tanto, los peces quedan entre las mallas, atrapándolos en la red central. La pesca con tres telas, resultó ser muy efectiva, por tanto productiva, logrando permanecer en el tiempo, a diferencia de otras artes de pesca que poco a poco fueron discontinuadas, como los espineles.

"...La que más ocupamos era esa, todavía es la que más se ocupa acá, casi todos los pescadores artesanales del norte ahora, casi todos tienen tres telas, porque es muy productiva... da mucha producción, (...) porque usted la cala aquí abajo, la cala, pasó un pescado, pasaron dos y se quedan. En cambio, la otra malla abierta mucho no se queda o chocan y se regresan."

Luis Muñoz, cuenta que fue uno de los impulsores de la creación del sindicato de pescadores en el año 1994, junto a otras veintidós personas. Algunos tomaron otros rumbos, otras caletas, como Río Seco, Pisagua o caleta Riquelme. Quienes se quedaron en Cádiz trabajaban principalmente en las algas. La organización vivió un periodo de éxodo de sus socios, por lo cual, tuvieron colaboración y apoyo de organizaciones de tercer nivel, como federaciones y corporaciones. Algunos

de los socios, se dedicaron a trabajar para las empresas instaladas o en proceso de instalación, algunos -inclusive- prestan servicios de cabotaje a los puertos.

Mientras algunos se dedicaban al buceo, como los Quezada, Luis Muñoz (San Lucho) y sus familiares, se dedicaron a la pesca, y a la captura de la jaiba, llegando a extraer hasta doscientas docenas en un día. Durante el periodo antes mencionado, se trabajaba también el loco, producto que debido a la sobreexplotación histórica aún permanece con veda extractiva. Otros dedicaban su vida a la pesca de la cojinoba (*Seriola violacea*) con malla abierta, otros, a la pesca con chispa con la cual se extrae la cabrilla (*Paralabrax humeralis*).

En algunas épocas, cuando entran a la zona costera ciertos tipos de atunes como el mono (*Luvarus imperialis*), se convierte en un importante elemento de la economía local, y a su vez, en el sustento de los pescadores que lo extraen. Se saca también con "chispa", una especie de señuelo compuesto de malla de cebolla, que con la embarcación corriendo se asemeja a una presa pequeña. Una vez capturado el recurso, es comercializado entre las familias, donde encuentra buena aceptación, formando parte de la dieta de los habitantes de esta caleta. Sobre el fenómeno de la pesca, es importante señalar que la gran abundancia de peces

pelágicos en el sector sur de Iquique, como la anchoveta (*Engraulis ringens*) -que fue escaseando cada vez más- posibilitó la instalación de la industria pesquera desde los años 80' en Iquique para la producción de aceite y harina. Esta industria se aproximó cada vez más hacia la orilla, penetrando las cinco millas exclusivas de la pesca artesanal, mediante la utilización de embarcaciones de menor eslora, manteniendo hasta el día de hoy, una significativa presión de los recursos pesqueros pelágicos de la zona.

Iquique significa para muchos habitantes, tanto de Cádiz como de otras caletas, un lugar central en la relación inevitable de lo urbano y lo rural; un espacio relevante, considerado una fuente de oportunidades. Su importancia en el imaginario colectivo es transversal en los relatos de ambas caletas (Cádiz y Caramucho). Es un lugar donde muchos llegaron para luego dispersarse entre caletas, pampas, calles, barrios del puerto. En un constante tránsito de ir y venir, forjaron sus trabajos de comerciantes o trashumantes que en cada paradero echaban su suerte a la mar y traían el sustento a sus casas, así fuese en barrios, calles o caletas.

Algunas familias tuvieron su origen en Iquique y luego se trasladaron hacia las caletas, incluso algunos cuentan que conocieron a sus parejas y convencidos de vivir en la costa



vinieron a forjar la vida, sus casas, sus sueños y sus descendencias.

Siguiendo en ese tránsito, han pasado décadas. Hoy se ven miles de vehículos pasar de norte a sur por la Ruta 1, camiones con materias primas directo a grandes puertos de embarque, sin embargo, en esta caleta aún no existe una red eléctrica interconectada a suministro nacional ni tampoco cuentan con red de agua potable, ni menos alcantarillado. Es ahí cuando surgen más interrogantes que certezas respecto de cómo estamos pensando el desarrollo. A raíz de esto, en muchas ocasiones decidieron volver a Iquique, de manera de que los niños y niñas tuviesen la oportunidad de asistir a la escuela, así como también para la atención de emergencias médicas, ya que la escasa movilización no permite tener acceso garantizado a los servicios básicos. Del mismo modo, algunas familias debieron separarse, viviendo mujeres e hijos durante algunos periodos del año en Iquique, aunque retornando a la caleta frecuentemente. Separadas las familias, viene el embargo de la soledad para algunos, que permanecen y acostumbraron su vida a vincularse entre los que también quedaban solos, formando lazos en torno a la vida en la caleta y el trabajo en el mar.

Así, por ejemplo, transcurrió la vida de don Rigoberto Vargas, nacido en Río Seco, una caleta

más al sur, quien a fines de los años 60' se trasladó a Iquique, ya que le habían convencido sus familiares de que sería una buena oportunidad el hacer el servicio militar. Conoció un mundo nuevo, comenta, con diversas posibilidades de desenvolverse. Fue reclutado como reparador de botes en la caleta El Morro, hoy conocida como caleta Riquelme. En ese tiempo se pescaba en goletas de madera que se averiaban comúnmente, y la buena pesca constante, hacía demandar a los reparadores frecuentemente, las que posteriormente se dedicaron a capturar con gran intensidad la anchoa o anchoveta. A la sombra de los maestros, don Rigoberto aprendió a *calafatear*, lo cual consistía en hacer un trabajo de detalle, tabla por tabla, para tapar cualquier orificio de una lancha, actividad con la que Vargas ganó más plata, pues las flotas iban creciendo cada vez más, y más embarcaciones habría de reparar.

Luego del Golpe de Estado del 73' y posterior dictadura cívico-militar, las restricciones a la libertades individuales y colectivas en el puerto de Iquique se endurecieron y los constantes obstáculos de los marinos a los pescadores para poder trabajar libremente, terminaron por convencer a muchos pescadores de volver a las caletas, donde nadie molestaba a nadie. Se vinieron a remolque de embarcaciones de mayor tamaño y desembarcaron en Patache.

Cuando en ocasiones se quedaba solos volvían a Iquique a remo en botes pequeños, demoraban todo un día desde Cáñamo a Iquique, aprovechando el viento sur recorriendo unos 65 Km.

"...Entonces, cuando pasamos al lado de él -estaba pillando pejerreyes- era Palito. Palito que en paz descansa también. Y preguntó "¿de a dónde vienen ustedes?"... el bote mío estaba pintadito -que lo habíamos echado al agua acá- "venimos de cáñamo" le dije yo. "¿De cáñamo? ¿Y cuándo salieron de allá?" dijo. "Esta mañana". "¡Estás loco, cómo se van a demorar tan poco en llegar para acá!" Y eso fue lo que echamos más o menos. De las siete de la mañana a las ocho de la noche, más o menos. Pero sin parar, un rato cada uno. Y como el bote estaba livianito, se iba como empopado para allá (a Iquique)."

Según nos cuentan, en la actualidad las caletas han cambiado, ya no se conocen con la gente de caleta Riquelme, ya que los tiempos han cambiado y ya no es como antes donde todos se conocían. Antiguamente, entre los pescadores de Mejillones, Tocopilla e Iquique se pasaban el dato cuando entraba la albacora (*Xiphias gladius*), pez que hasta el día de hoy se pesca al palo y tiene todo un mundo de significados, herramientas y técnicas que ha sido practicada y perfeccionada por siglos (Cornejo, 2020).

La persistencia de los habitantes de la costa de mantenerse en ella, frente a la comodidad que presenta la urbe, de una u otra manera,

permanece como resistencia, aun cuando es necesario acceder a mejores condiciones sanitarias y de acceso a servicios. Esa resistencia en los paraderos fue la que dio lugar a decenas de caletas de pescadores, buzos mariscadores, recolectores y recolectoras de orilla.

Hoy es poco frecuente observar a un adulto enseñando los oficios tradicionales del mar a sus hijos como una posibilidad de futuro próspero. Por lo menos en el sector de Cáñamo, las actividades que se ven venideras tienen relación con el complejo portuario-minero industrial desde donde reclutan a parte de los jóvenes que aquí han crecido o se han asentado. Escasos también son los buzos y pescadores locales que se mantienen en la caleta. Logramos ver a algunos pescadores que vienen desde Iquique por el día, y otros son buzos mariscadores que van *al cachureo*, como le llaman en algunas partes, a la extracción de una variedad de moluscos principalmente bentónicos, como lapas, erizos, locos y pulpos. Luego de la crisis sanitaria producto del Covid-19 iniciada en marzo del 2020, las ventas en la propia caleta de productos del mar para el consumo humano mermaron, y por tanto, las algas se transformaron en el sustento de miles de hombres y mujeres que recolectan el huiro desde la orilla. Algunos también destroncan, lo cual consiste en arrancar con una barreta

desde la base el huiro negro (*Lessonia berte-roana*), el cual crece en la zona intermareal ¹² del borde costero. Esta situación se percibe como una latente amenaza ecológica cuando no se respetan las tallas mínimas.

Por otro lado, con respecto al uso del borde costero, los habitantes de Cádiz entienden que el obstáculo para poder contar con un área de manejo (AMERB), fue principalmente obra de la proliferación del complejo portuario-industrial que hoy domina el territorio, ya que no existe una planificación productiva que pueda compatibilizar los múltiples usos del borde costero.

Asimismo, permanece la incertidumbre en algunos habitantes, debido a las proyecciones de las intervenciones productivas que han mermado los sectores de trabajo histórico de los pescadores y buzos de Cádiz, puesto que se encuentra latente el riesgo ecológico ya sea tanto por efecto antrópico como a raíz cambio climático, sobre todo de los productos del mar de interés comercial, por tanto, la sostenida responsabilidad social empresarial es una manera de equilibrar los múltiples usos del territorio.

¹² La zona intermareal es alternativamente cubierta por el mar y expuesta al aire, es propicia para un ecosistema específico, adaptado a la vez a las condiciones aéreas y marinas, capaz de soportar las olas y las mareas.

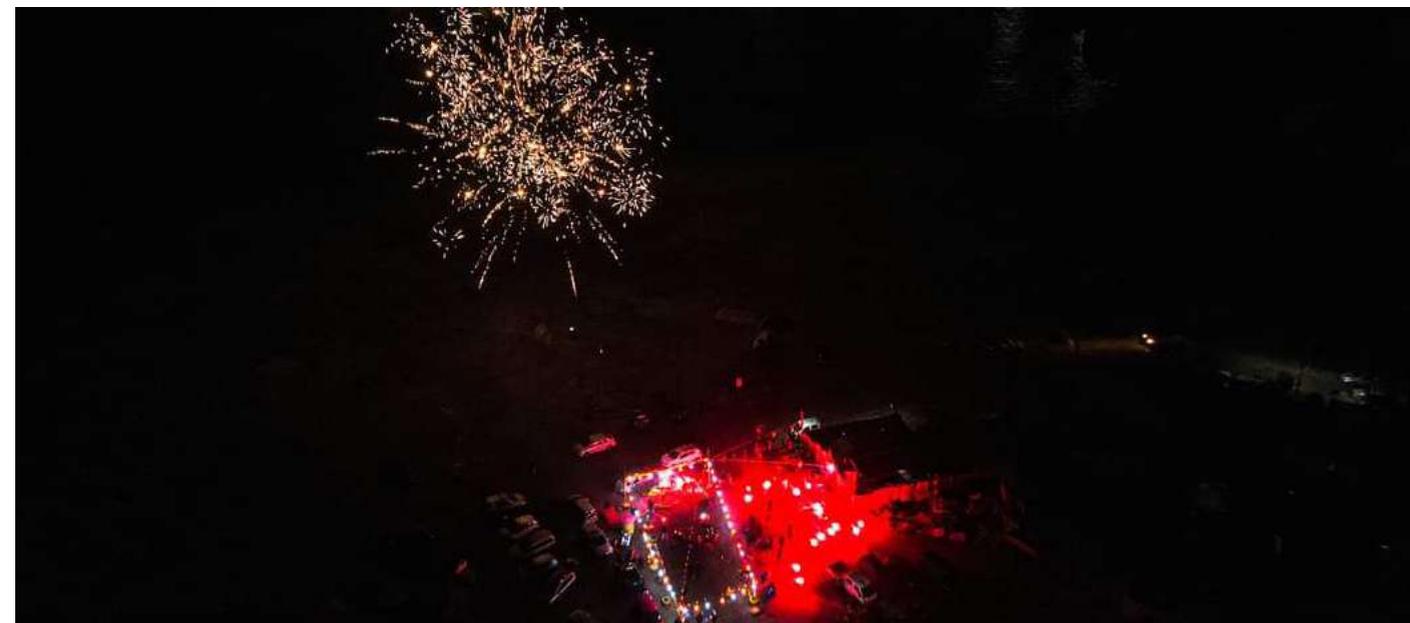
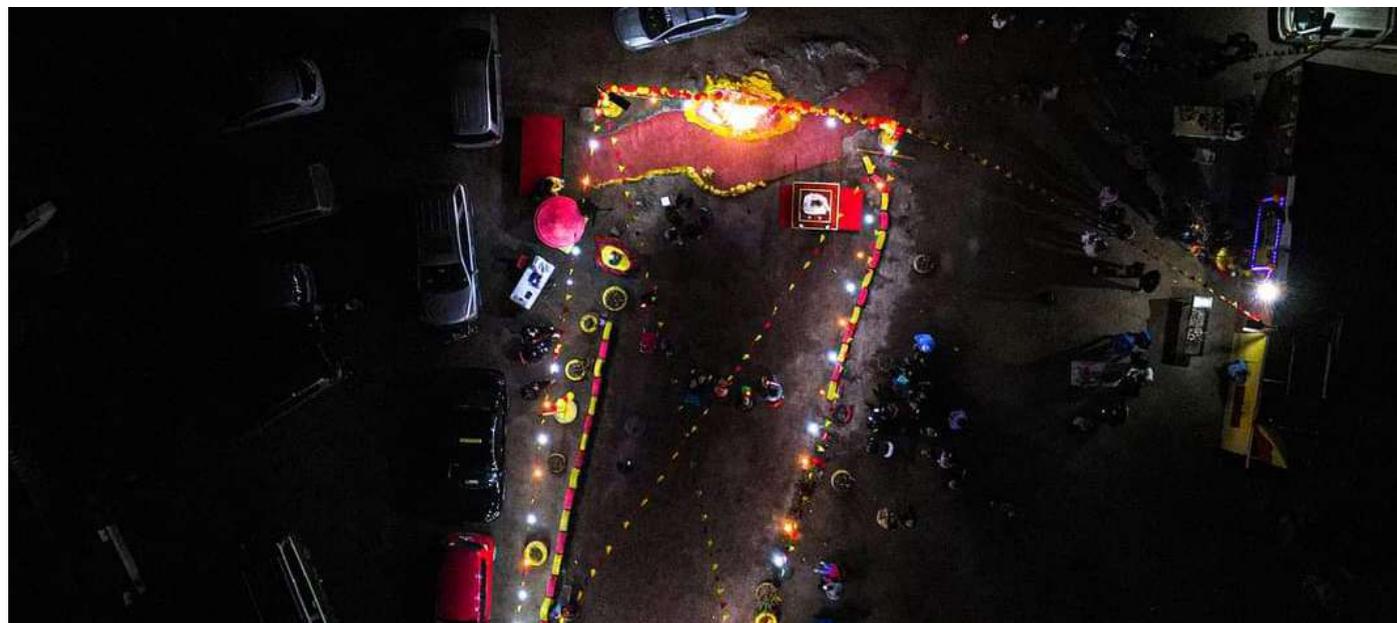
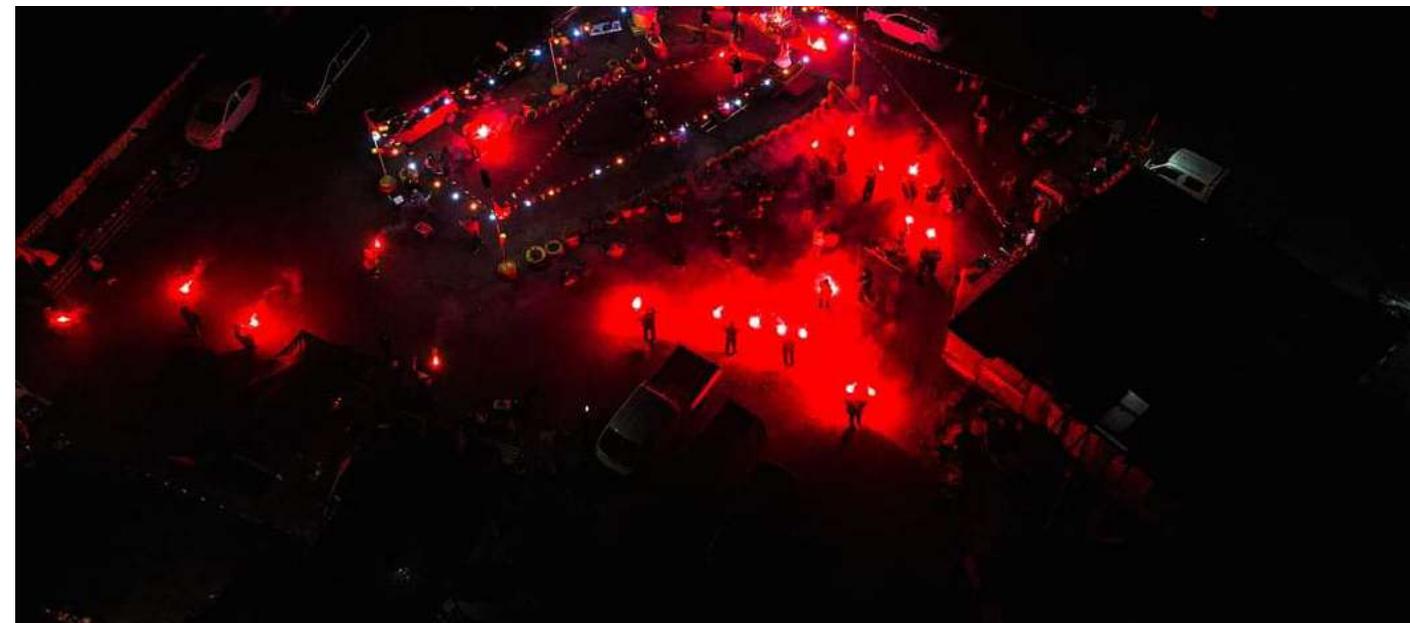


En el seco paisaje del desierto de la costa tarapaqueña, se irrumpe visualmente por los colores rojos y amarillos, que son del patrono San Lorenzo, el santo de los mineros, el cual adoran y rinden tributo una importante cantidades de habitantes de esta caletas y otras cercanas.

Junto con la fiesta de la Tirana, la fiesta de San Lorenzo, son de los fervores más relevantes para los habitantes no sólo de Cáñamo sino de iquique, pueblos interiores y caletas de la costa.









IV

El espacio costero de movilidad y uso:
Reflexiones de su ocupación histórica
y el conocimiento ecológico asociado



EL ESPACIO COSTERO DE MOVILIDAD Y USO: REFLEXIONES DE SU OCUPACIÓN HISTÓRICA Y EL CONOCIMIENTO ECOLÓGICO ASOCIADO

Este breve recorrido por la historia de las caletas Caramucho y Cañamo es también una puerta de entrada al conocimiento de todo el territorio costero de la parte sur de la región de Tarapacá. Cabe recordar que tanto esta como otras latitudes costeras de nuestro país, fueron pobladas profusamente por buzos mariscadores, pescadores y recolectores durante la década de 1980, llegados principalmente desde el sur (Tocopilla, Taltal, Caldera, Chungungo, Coquimbo, Tongoy, entre otras caletas). Estas poblaciones costeras, siguiendo su tradición de movilidad constante, se fueron instalando en caletas y varaderos de la costa sur tarapaqueña, creando verdaderos poblados una vez tomada la decisión de arraigarse y sentar base.

“Entonces, el día que esta cuestión se habló -que no recuerdo qué año sería 85, creo que fue el 85, parece que por ahí anda la cosa-, se abrió la com-

pra del pulpo, del recurso pulpo, y ni siquiera el loco, fue el recurso pulpo el que trajo a distintos a distintos compañeros de trabajo, compañeros de trabajo de otras regiones a este sector, que incluso hoy día, si usted ve caletas, son todas, Los Verdes está por allá, por acá está Coquimbo, y así está la gente...”

Y es que este espacio fue utilizado a partir de arreglos internos y usos consuetudinarios, como parte vital para la sobrevivencia y reproducción de las tradiciones costeras de buzos nortinos que se desplazaban en búsqueda de recursos, tanto para su subsistencia como para alimentar el mercado local de la ciudad de Iquique. Esta tradición costera de buzos a pulmón recorrió esta costa de extremo a extremo, mapeando mentalmente cada piedra y *bajería* presente en cada caleta, paradero o *huataca*. Este conocimiento del territorio/maritorio se basa en la relación intrínseca del buzo maris-

PARADEROS Y HUATACAS

desde Chucumata
a Patillos



cadador con su medio: el viento que sopla de una forma y determina por donde entrar al agua; las corrientes y mareas; la visibilidad dependiendo de la luz del sol; así como los sectores que deben ser protegidos y resguardados como refugio ecológico de distintas especies.

También este conocimiento es expresado a la hora de la pesca y recolección:

“Entonces, cuando nosotros mismos decimos: trabajamos juntos, pillando pescados, cojinovas, qué sé yo. Era tanta la agudeza, cuando uno está en el mar, que después sabe qué, salíamos así y por el olor decíamos, “¿sentiste?” De nuevo, pasaba por ahí, “¿sentiste?”, “Sí. Ahora sentí”. Era olor a cojinova. Esperábamos que oscureciera y ahí las veíamos. También en ver a los pájaros, en ver cuando el lobo comía, qué es lo que comía el lobo, “qué está comiendo el lobo allá”, apúrate antes de que se vaya el olor”.

Además, este conocimiento del territorio está asociado a formas de expresión y lenguaje característico de esta costa tarapaqueña: el buceo calato, que como hemos señalado hace referencia a un buceo a cuerpo desnudo y sin más implementos que unas alpargatas y un saco harinero para recolectar especies; las maltona, para hacer referencia a aquellas especies que son de tamaño mediano; los callapos, para referirse a los grandes lobos marinos; la barra, lugar productivo bajo el mar donde encontrar

determinados recursos; o la mariana, forma para llamar a una mentira respecto a una picada o sector donde se encuentran determinados recursos de buen tamaño.

También es necesario agregar el importante legado ancestral que dejaron antiguas poblaciones que habitaron este litoral hace miles de años atrás, lo que ha generado un sentimiento identitario fuerte para quienes hoy hacen de esta costa su hogar. Para los habitantes históricos de Cádiz y Caramucho, la existencia de sitios arqueológicos como conchales y sitios fúnebres son parte del paisaje costero. De las momias chinchorros también existen registros cercanos. Y es que esta notable técnica de momificación ha dado la vuelta al mundo luego de su declaración como Patrimonio de la Humanidad por el organismo UNESCO¹³. El grupo familiar compuesto por los Quezada, originarios de Taltal y Paposo, siente un profundo vínculo con los vestigios arqueológicos encontrados, no por una descendencia directa, sino por un sentimiento de un origen y forma de vida en común. Y es que en el sector de Paposo y Taltal, existe una identidad "changa" a la cual ellos adscri-

¹³ El comité del Patrimonio Mundial de Unesco, reunido en Fuzhou, China y de manera telemática con los Estados en la 44ª sesión anual, decidió incluir en la Lista del Patrimonio Mundial “Los Asentamientos y Momificación Artificial de la Cultura Chinchorro en la Región de Arica y Parinacota”.

**PARADEROS
Y HUATACAS**
desde La Balsa
a Pabellón de Pica



ben, independiente de encontrarse distante del lugar de nacimiento. Su identidad hoy ha sido reforzada por procesos etnogenéticos de mayor alcance (Mandel, 2008), dado el levantamiento de cientos de familias en la costa norte de Chile, lo que ha posibilitado la emergencia de un pueblo, dado estos procesos culturales vinculados a la identidad, principalmente con el reconocimiento de la misma "etnia", o como ellos prefieren decirle, pueblo Chango (Aguilera, Díaz Plá, Rivera, Valdés, & Zepeda, 2017; Rivera, y otros, 2020). Por ejemplo, Julia Quezada, de las habitantes históricas de Cáñamo que vino desde Chungungo, antes vivió un buen tiempo del mar junto a su marido y otras familias en Isla Damas, frente a Punta de Choros en la región de Coquimbo, en estos lugares existen distintos troncos familiares que han habitado y han mantenido formas de vida, permeadas por los procesos de aculturación (Zúñiga, 1986), quienes hoy se reconocen como changos, en específico, nos referimos a la familia Vergara. Existen procesos culturales similares entre familias, con la diferencia que las familias de Cáñamo, quedaron asentadas por los procesos de regionalización y burocratización del Estado en el control y administración de los recursos pesqueros. También podemos identificar que se presentan diversas maneras de vivir la identidad "costera", siempre determinada por el lugar de origen.

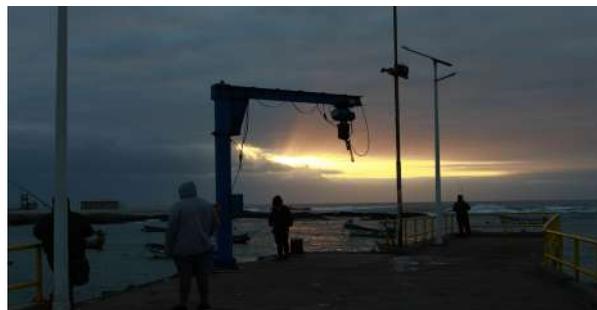
En este sentido podemos mencionar que esta identidad en construcción difiere cuando se trata del etnónimo, que es el nombre del grupo étnico o pueblo originario (chango), ya que los habitantes de otras caletas como Caramucho, que tienen su procedencia desde Iquique, tienen como se vio en otros pasajes de este libro, otra identidad vinculada a lo chinchorro e incluso al mundo andino relacionado con la costa tarapaqueña.

"Nuestro sistema de trabajo hace que el borde costero se renueve, porque nosotros no tenemos horarios ni tampoco días, solamente trabajos al ritmo del mar, si la mar está buena nosotros trabajamos, si la mar está mala nosotros descansamos y todo lo que está en el mar se recupera, le da esa opción. Eso es, por un lado, el tema de netamente quién está más cerca de los changos o quién mantiene el ecosistema y también quién se acerca más a las raíces de la gente que vivía en este borde costero."

Aun cuando, nos encontramos ante la emergencia de una identidad que se expresa en un mismo territorio, cabe destacar que el lugar de origen que quien vive y siente esa identidad, es determinante a la hora de encontrar matices a esta mixtura cultural que se presenta en la costa tarapaqueña. Por tanto, es necesario, continuar y profundizar estas indagaciones que han encontrado un sustento en el discurso de los habitantes del terri-

torio. Observar sus cambios, sus maneras de sentirlo, pensarlo y vivirlo, estos procesos identitarios que se viven en la costa tarapaqueña, deben ser considerados como materia

de desarrollo por diversos actores que buscan el mantenimiento de las forma de vida y tradiciones que sostienen la identidad de los pueblos costeros.



Bibliografía

Bibliografía

- Aguilera, D., Díaz Plá, R., Rivera, F., Valdés, J., & Zepeda, N. (2017). *Entre la tradición y devenir. Mar, trabajo y memoria social de Caleta Chañaral de Aceituno*. Santiago: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. Región de Atacama.
- Alcalá, G., & Camargo, A. (2012). *Pescadores en América Latina y el Caribe*. Espacio, población, producción y política (Primera ed.). México: UNAM.
- Basulto, S. (2014). *Noticias pesqueras de cinco siglos. Chile (1520-2000)*. Santiago: Ocho Libros Editores.
- Brinck, G., Díaz Plá, R., Morales, C., & Marín, A. (2011). *Las mutaciones de la merluza austral. Historia, etnografía y economía política en Isla Toto/Puerto Gala* (Primera ed.). Santiago: Cuarto Propio.
- Cornejo, M. (2020). *La pesca patrimonial de la albacora al palo. La pesca prohibida*. Caldera: Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio. Región de Atacama.
- Díaz Plá, R. (Compilador). (2015). *La Pesca Artesanal en Chile. Puntos de vista y diálogos desde la Antropología*. Santiago: Colección Etnografías del Siglo XXI.
- Harvey, D. (2012). *El enigma del capital y la crisis del capitalismo*. Madrid: Ediciones Akal.
- Mandel, A. (2008). *Los changos de Chañaral de Aceituno: Dimensiones de una categoría histórica*. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Santiago: Tesis para optar al título profesional de Antropóloga.
- Morales, C., & Calderón, M. (2010). *De booms y fiebres marinas. Breve historia económica de Isla Apiao y el mercado de algas*. Santiago: Consejo Regional de la Cultura y las Artes, Región de Los Lagos.
- Nacional, M. d. (2014). *Decreto Supremo N°240* Nómina oficial de Caletas .
- Nuñez, L., & Briones, L. (2017). *Tráfico e interacción entre el oasis de Pica y la costa arreica en el desierto Tarapaqueño (Norte de Chile)*. Estudios Atacameños(56), 133-161.
- Núñez, L., & Moragas, C. (1977). *Una ocupación con cerámica temprana en la secuencia del distrito de Cádiz (Costa desértica del Norte de Chile)*. Estudios Atacameños(5), 23-50.
- Oficina Hidrográfica de Chile. (1884). *Anuario Hidrográfico de Chile N°9*. Santiago: Imprenta "El Progreso".
- Olmos, O., & Sanhueza, J. (1984). *El precerámico en la costa sur de Iquique*. Chungará(13), 143-154.
- Rivera, F.; Díaz Plá, R.; Álvarez, C; Zepeda, N; Aguilera, J; Portus, V; Valdés, J; Chamaca, G. (2020). *Abrí los ojos bajo el mar. Memorias de los changos de la comuna de La Higuera en la región de Coquimbo*. Santiago: Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, Región de Coquimbo.
- SERNAPESCA. (2020). *Registro Pesquero Artesanal*. Iquique: Dirección Regional de Pesca y Acuicultura.
- Van Kessel, J. (1986). *Diccionario de Pesca Artesanal del Norte Grande de Chile*. Iquique: Universidad Libre de Holanda. Centro de Investigación de la Realidad del Norte.

AUTORES

Rodrigo Díaz Plá

Antropólogo social egresado de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, experto en temas relacionados con las comunidades costeras y pesca artesanal en Chile. Fue Director del Grupo de Investigación de la Pesca Artesanal, GIPART por 6 años. Hoy dirige el Centro de Investigación/Acción de la Pesca Artesanal y Sociedades Costeras, QUIÑE. Entre las publicaciones en que ha participado destacan “*Mutaciones de la merluza austral*” (2011); “*Memorias del Estero Paildad*” (2014); “*La pesca artesanal en Chile. Puntos de vista y diálogos desde la antropología*” (2015); “*Pescadores Artesanales y San Pedro en la región de Coquimbo. Entre el trabajo, la creencia y la devoción*” (2015); “*Entre la tradición y devenir: Mar, trabajo y memoria social de Caleta Cha-*

ñaral de Aceituno” (2017); “*Mujeres recolectoras y algueras de Queilen*” (2019) y “*Abrí los ojos bajo el mar. Memorias de los changos del borde costero de la comuna de La Higuera en la Región de Coquimbo*” (2020).

Felipe Rivera Marín

Sociólogo de la Universidad Central, Diplomado en Género, Etnicidad y Políticas Públicas de la Universidad de Chile, ha dedicado su vida profesional al trabajo con comunidades costeras desde la investigación en temas de memoria, patrimonio cultural y pueblos originarios, como también al desarrollo tecnológico y acuícola de pequeña escala junto a organizaciones de pescadores artesanales desde la Universidad Católica del Norte (Coquimbo). Asimismo, ha liderado los procesos de revi-

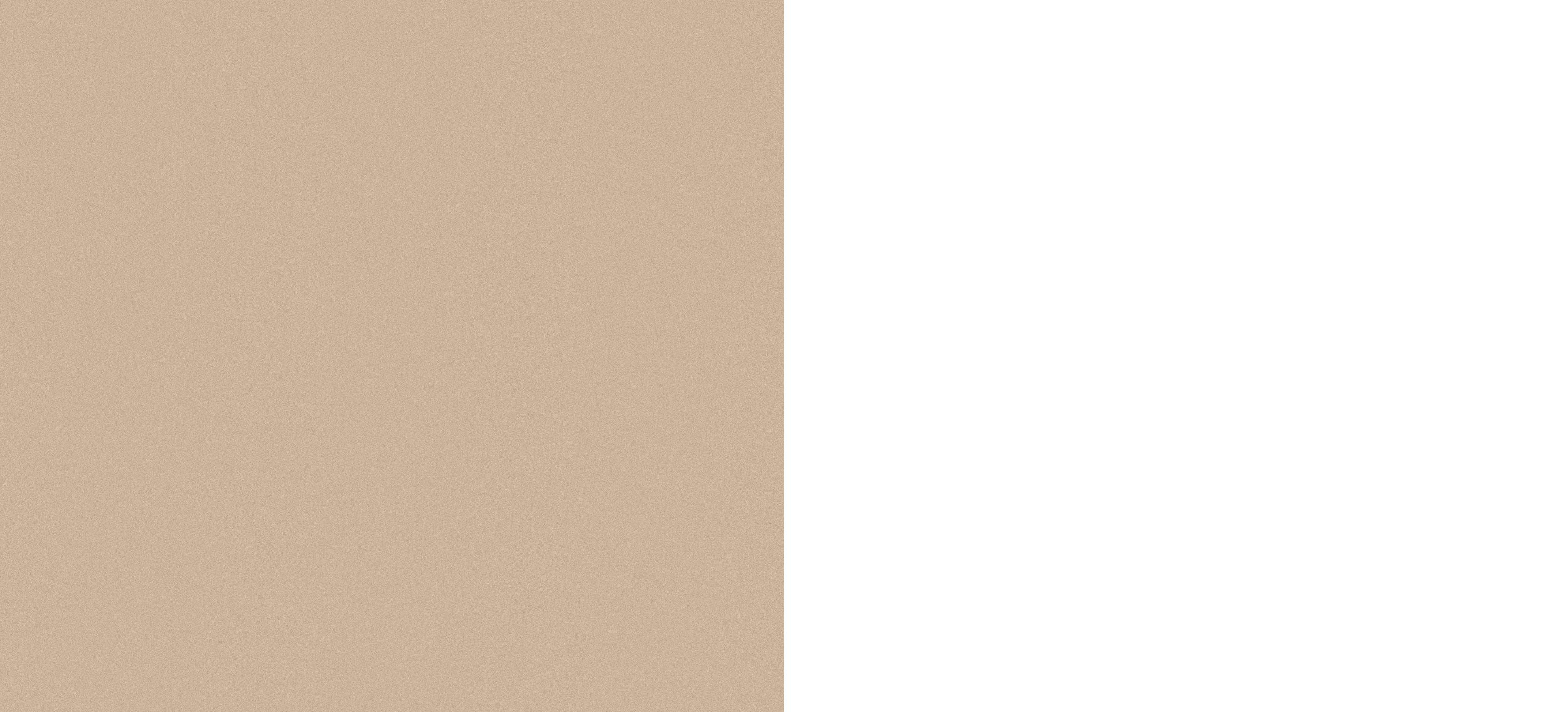
talización, organización y reconocimiento del pueblo Chango, a través del trabajo comunitario desde el lugar de origen de su familia en Caleta Chañaral de Aceituno, región de Atacama. Paralelamente, junto al colectivo de investigadores e investigadoras QUIÑE y otros equipos profesionales ha publicado los trabajos; “*La pesca artesanal en Chile: Diálogos y reflexiones desde la antropología.*” (2015), “*Elementos del patrimonio histórico olivícola de las localidades de Los Choros y Los Olivos, Región de Coquimbo*” (2016), “*Entre la tradición y devenir: Mar, trabajo y memoria social de Caleta Chañaral de Aceituno*” (2017), “*Construyendo Realidad: Estudios y propuestas para el desarrollo de la región de Coquimbo*” (2019), “*Archipiélago Humboldt: Patrimonio natural y cultural de la comuna de*

La Higuera” (2019) y “*Abrí los ojos bajo el mar: Memorias de los changos del borde costero de la comuna de La Higuera en la región de Coquimbo*” (2020).

Javier Valdés Larrondo

Fotógrafo profesional, diplomado en Marketing Digital. Destaca su experiencia como reportero gráfico en distintas agencias nacionales, lo que le permite vincularse con diversas miradas, espacios y realidades de nuestro país. Desde el año 2014 desarrolla innovadores proyectos relacionados con patrimonio y memoria en el bordemar del norte, centro, sur y sur austral de Chile, con la profunda convicción que es posible aportar al desarrollo de comunidades a través de la visibilización y reivindicación de tradiciones locales.





Teck

Este libro fue elaborado con el auspicio de
Teck Quebrada Blanca